

 Seix Barral

Siri Hustvedt

El verano sin hombres





Seix Barral Biblioteca Formentor

Siri Hustvedt

El verano sin hombres

Traducción del inglés por
Cecilia Ceriani

Título original: *The Summer Without Men*

© Siri Hustvedt, 2011

© por la traducción, Cecilia Ceriani, 2011, cedida por Editorial Anagrama

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Siri Hustvedt

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-322-3695-2

Depósito legal: B. 8.637-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Poco tiempo después de que él dijera la palabra *pausa* me volví loca y tuvieron que ingresarme. No dijo *no quiero volver a verte más* ni *se acabó*, pero después de treinta años de matrimonio sólo me bastó escuchar *pausa* para convertirme en una lunática cuyos pensamientos explotaban, rebotaban y chocaban entre sí como palomitas de maíz saltando dentro de su bolsa en el microondas. Hice esta penosa reflexión mientras yacía en mi cama del pabellón sur del hospital, tan saturada de Haldol que era incapaz de moverme. Las odiosas y monótonas voces que escuchaba se habían atenuado, pero no habían desaparecido del todo, y cuando cerraba los ojos veía personajes de dibujos animados corriendo por colinas rosadas para luego desaparecer entre bosques azules. Al final, el doctor P. me diagnosticó un trastorno psicótico transitorio, conocido también como psicosis reactiva transitoria, lo que viene a significar que realmente estás loca aunque no por mucho tiempo. Si el trastorno dura más de un mes es necesario buscarle otra etiqueta. Por lo visto suele existir un detonante que dispara ese tipo de psicosis o, como se dice en la jerga psiquiátrica, un «factor estresante». En mi caso fue Boris o, mejor dicho, su ausencia, porque Boris estaba tomándose su pausa. Me tuvieron encerrada una semana y media y luego me dejaron salir. Durante algún

tiempo acudí al hospital como paciente en régimen ambulatorio hasta que di con la doctora S., con su voz suave y musical, su sonrisa contenida y un buen oído para la poesía. Ella consiguió que me pusiera en pie y de hecho todavía hoy me mantiene en pie.

No quiero acordarme de la mujer que enloqueció. Todavía me avergüenza. Durante mucho tiempo fui reacia a leer lo que aquella mujer había escrito en un cuaderno blanco y negro mientras estuvo ingresada en aquel pabellón. Sabía que en la tapa había garabateado un título, *Fragmentos cerebrales*, con una letra que no se parecía en nada a la mía, pero me negaba a abrirlo. Tenía miedo de ella; lo comprendéis, ¿verdad? Cuando mi hija Daisy venía a verme la notaba incómoda. No sé exactamente lo que veía en mí, pero puedo imaginármelo: una mujer escuálida por falta de apetito, todavía confusa, con el cuerpo rígido después de tanta medicación, una persona que no podía responder adecuadamente a las palabras de su hija y que era incapaz de abrazarla. Después, cuando se marchaba, oía cómo le decía gimiendo a la enfermera, con un sollozo contenido en la garganta: «Es como si no fuera mi madre». En aquellos momentos yo no estaba en mis cabales, pero, cuando recuerdo esa frase, siento un dolor insoportable. No me lo perdono.

La Pausa era francesa y tenía un pelo castaño lacio y brillante. Sus pechos eran notables y auténticos, no operados. Llevaba gafas rectangulares estrechas y poseía una mente excelente. Era joven, por supuesto, veinte años más joven que yo, y sospecho que Boris estuvo un tiempo

deseando a su colega antes de decidirse a explorar sus zonas más prominentes. Me lo he imaginado una y otra vez. Los rizos blancos de Boris cayéndole sobre la frente mientras agarraba los pechos de la susodicha Pausa junto a las jaulas de las ratas modificadas genéticamente. Siempre me los imagino en el laboratorio, aunque es probable que me equivoque. Pasaban poco tiempo solos, y el resto del «equipo» hubiese notado enseguida cualquier ruidoso escarceo en su entorno. Quizá se refugiaban en una de las cabinas del retrete, donde mi Boris embestía a su colega con los ojos desorbitados al llegar al clímax. Yo lo sabía todo. Le había visto mil veces aquella mirada desencajada. La banalidad de todo el asunto (el hecho de que sea algo que los hombres repiten a diario y hasta la saciedad cuando se dan cuenta, de golpe o poco a poco, de que lo que ES no TIENE POR QUÉ SER, y entonces dan el paso necesario para librarse de unas mujeres que ya comienzan a envejecer, después de todo lo que esas mujeres los han cuidado a él y a sus hijos durante tantos años) no aplaca la desgracia, los celos ni la humillación que sobrevienen a las esposas abandonadas. Esposas despreciadas. Yo gemía, gritaba y golpeaba la pared con los puños. Llegué a asustarlo. Él quería paz y que le dejara tranquilo para emprender su camino junto a la educada neurocientífica de sus sueños, una mujer con quien no compartía un pasado ni penas ni angustias ni conflictos. Y, sin embargo, Boris había dicho *pausa*, no *final*, para dejar abierta la narración por si luego se arrepentía. Un cruel rescoldo para la esperanza. Boris, el Muro. Boris, el que nunca levanta la voz. Boris, el que niega con la cabeza sentado en el sofá mientras te mira desconcertado. Boris, la rata que se casó con una poeta en 1979. Boris, ¿por qué me dejaste?

Tenía que salir del apartamento porque seguir allí me hacía daño. Las habitaciones, los muebles, los sonidos procedentes de la calle, la luz que iluminaba mi estudio, los cepillos de dientes alineados sobre el pequeño estante, el armario del dormitorio al que le faltaba uno de los tiradores de la puerta. Yo sentía cada cosa como un hueso dolorido, una articulación, una costilla, una vértebra, que formaban parte del esqueleto de los recuerdos compartidos, y cada objeto conocido estaba cargado de significados acumulados por el tiempo, un lastre que mi cuerpo ya no podía soportar. Así pues, dejé Brooklyn en verano y regresé al lugar donde crecí, a la ciudad provinciana asentada en lo que antes fueran las praderas de Minnesota. La doctora S. no se opuso. Cada semana mantendríamos una sesión por teléfono, excepto durante sus habituales vacaciones de agosto. La universidad había sido «comprensiva» con mi desmoronamiento y convinimos que volvería a mis clases en septiembre. Ante mí estaba lo que sería el hiato entre la Locura Invernal y la Serenidad Otoñal, un lapso de tiempo sin otra perspectiva que llenarlo con poemas. Pasaría algún tiempo con mi madre y llevaría flores a la tumba de mi padre. Daisy y mi hermana vendrían a visitarme y, además, el Círculo de Bellas Artes local me había contratado para dar clases de poesía a los niños del lugar. En el periódico *Bonden News* podía leerse un titular que decía: «Poeta galardonada oriunda de nuestra ciudad dictará taller de poesía». El Premio Doris P. Zimmer de Poesía es un galardón casi desconocido que me cayó del cielo sin saber cómo. Se otorga a una mujer cuya obra se encuadre bajo la categoría de «experimental». Acepté aquel dudoso honor y el cheque

que graciosamente lo acompañaba con cierta reticencia, pero me he dado cuenta de que CUALQUIER premio es mejor que ninguno y que la apostilla «galardonada» da cierto lustre, aunque sólo sea a efectos decorativos, a una poeta que vive en un mundo ajeno a la poesía. Como dijo una vez John Ashbery: «Ser un poeta famoso no es lo mismo que ser famoso». Yo no soy ni siquiera una poeta famosa.

Alquilé una casita en las afueras de la ciudad, no lejos del apartamento de mi madre, situado en un edificio exclusivo para personas mayores y personas muy mayores. Mi madre vivía en la llamada zona independiente. A pesar de la artritis y de algunas otras dolencias, incluidas esporádicas y peligrosas subidas de tensión arterial, mi madre era una mujer notablemente animosa y lúcida para sus ochenta y siete años. El complejo residencial donde vivía contaba con dos recintos más, uno para los ancianos que necesitaban «asistencia diaria» y otro, el «centro de cuidados», donde estaban internadas las personas que habían llegado al final del camino. Mi padre había fallecido allí seis años atrás, y aunque alguna vez sentí el impulso de volver a ver aquel lugar, no llegué a traspasar la verja de entrada y di la vuelta para huir del fantasma paterno.

—No le he contado a nadie que has estado en el hospital —me dijo mi madre con voz nerviosa mientras me sostenía la mirada con sus intensos ojos verdes—. Nadie debe saberlo.

*Olvidaré la gota de Angustia
que ahora me abrasa, ¡que ahora me abrasa!*

El poema 193 de Emily Dickinson acudió en mi ayuda. Dirección: Amherst.

Durante todo el verano me vinieron a la mente frases y versos. «Si surge un pensamiento sin pensador», dijo Wilfred Bion, «puede ser un pensamiento perdido o bien un pensamiento que lleva escrito el nombre y la dirección del propietario o quizá sea un pensamiento salvaje. Cuando esto sucede el problema radica en saber qué hacer con él.»

Alrededor de mi casa había varios edificios (nuevos desarrollos urbanísticos), pero la vista desde mi ventana trasera estaba despejada. Desde allí podía ver un pequeño patio con un columpio y, más allá, un campo de maíz y, a continuación, otro de alfalfa. A lo lejos había un bosquecillo, la silueta de un granero, un silo y, amparándolo todo, un cielo enorme y cambiante. Me agradaba la vista, pero el interior de la casa me desazonaba, no porque fuera feo, sino por estar repleto de objetos teñidos por la vida de sus propietarios, una joven pareja de profesores universitarios que se habían trasladado ese verano con sus dos hijos a Ginebra gracias a algún tipo de beca de investigación. Cuando llegué y deposité en el suelo la maleta y la caja con libros que traía, eché un vistazo a mi alrededor y me hice cábalas sobre cómo iba a acomodarme allí, rodeada de tantas fotografías y cojines decorativos de ignota procedencia asiática, tantas filas de libros sobre administraciones públicas, tribunales internacionales y diplomacia, además de cajones llenos de juguetes y un olor a gato, por fortuna ausente, que flotaba en el ambiente. Cruzó mi mente la incómoda certeza de haber



carecido casi siempre de un espacio para mí y lo mío, de haberme visto limitada a garabatear algo durante un momento robado. Al principio de mi matrimonio trabajaba en la mesa de la cocina y corría a atender a Daisy cuando se despertaba de la siesta. Mis clases y la poesía de mis alumnos (poemas desprovistos de urgencia, cubiertos de lacitos y ornamentos «literarios») habían consumido incontables horas de mi tiempo. Lo que sucedía era que había sido incapaz de forjarme un espacio propio o, más bien, que no lo había hecho como debía. Algunas personas se apropian simplemente del espacio que necesitan, expulsando a codazos a los intrusos hasta tomar posesión de él. Boris era capaz de lograrlo sin mover un músculo. Lo único que debía hacer era plantarse allí «silencioso como un ratón». Sin embargo, yo era un ratón ruidoso que alborotaba y arañaba las paredes, pero no me servía para nada. Ahí radica la magia de la autoridad, del dinero, de los penes.

Coloqué cuidadosamente en una caja todos los retratos enmarcados, anotando en papel adhesivo el lugar que cada uno ocupaba en la casa. Doblé varias alfombras y guardé unos veinte cojines superfluos junto a los juguetes; luego me puse a limpiar la casa metódicamente, sacando a la luz bolas de polvo donde se habían incrustado

cerillas quemadas, clips, restos de cagadas de gato, chocolatinas machacadas y otras partículas de basura irreconocibles. Fregué con lejía los tres lavabos, los dos retretes, la bañera y la ducha. Limpié el suelo de la cocina y quité el polvo y fregué las lámparas del techo, que tenían un dedo de grasa. La purga duró dos días y me dejó los brazos doloridos y varios cortes en las manos, pero el resultado de aquella actividad frenética fueron unas habitaciones impecables. Para mi satisfacción, aunque sólo fuera momentánea, cada objeto que abarcaba mi campo visual aparecía claramente definido, a diferencia de aquellos contornos borrosos que veía antes. Desembalé mis libros, me instalé en lo que parecía el despacho del hombre de la casa (pistas: sobre la mesa había la parafernalia que requiere un fumador de pipa), me senté y escribí:

Pérdida.

Una ausencia conocida.

Si no has llegado a conocerla,

no sería nada,

que es, por supuesto,

una nada de otro tipo,

que se siente como el escozor de una ampolla;

también como un rumor entre los pulmones

y el pecho,

un vacío con un nombre: Tú.

Mi madre y sus amigas eran viudas. Sus maridos llevaban años muertos, pero ellas siguieron con sus vidas sin olvidar a sus hombres ausentes, aunque sin aferrarse tampoco al recuerdo de quienes ya estaban bajo tierra. De hecho, el paso del tiempo había convertido a esas mujeres en seres formidables. Yo las llamaba los Cinco Cis-

nes, la élite de Rolling Meadows East, unas mujeres que se habían ganado su posición no por seguir vivas y por su buena salud (cada una padecía tal o cual dolencia), sino porque las cinco compartían una fortaleza mental y una autonomía que les otorgaba un envidiable lustre de libertad. George (Georgiana), la mayor, reconocía que los Cisnes habían tenido mucha suerte:

—Hasta ahora ninguna de nosotras ha perdido los cabales —me dijo un día en tono de broma—. Claro que nunca se sabe. Siempre decimos que cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. —Levantó la mano derecha del andador para chasquear los dedos. Sin embargo, el sonido era tan débil que resultó prácticamente inaudible. Ella pareció percatarse y se le dibujó una sonrisa asimétrica en el rostro.

Yo no le dije a George que había perdido y luego vuelto a encontrar mis cabales, ni que al perderlos me llené de pavor ni tampoco que, mientras charlaba con ella en el largo pasillo, me vino a la mente una frase de otro George, Georg Trakl, *In kühlen Zimmern ohne Sinn*. En unas habitaciones frescas y sin sentido. En habitaciones frescas carentes de sentido.

—¿Sabes cuántos años tengo? —prosiguió.

—Ciento dos.

Era una mujer que poseía un siglo.

—Y tú, Mia, ¿cuántos años tienes?

—Cincuenta y cinco.

—Eres sólo una niña.

Eres sólo una niña.

También estaba Regina, con sus ochenta y cinco años. Había crecido en Bonden, pero huyó del ambiente provinciano y se casó con un diplomático. Había vivido en varios países y su acento tenía un dejo foráneo, demasia-

do impostado quizá, producto de sus repetidas inmersiones en ambientes extranjeros y también, sospecho, de su pretenciosidad. Pero aquella voluntaria dicción había envejecido con ella y ya era inseparable de sus labios, lengua y dientes. Regina desprendía una mezcla operística de encanto y vulnerabilidad. Desde la muerte de su marido, se había vuelto a casar dos veces más (en ambos casos volvió a enviudar) y a partir de entonces mantuvo varias relaciones, incluyendo una con un apuesto inglés diez años más joven que ella. Regina tenía a mi madre como confidente y compañera de disfrute de las actividades culturales de la localidad: conciertos, exposiciones y, de vez en cuando, alguna obra de teatro. Luego estaba Peg, que tenía ochenta y cuatro años y había nacido y crecido en Lee, una ciudad más pequeña incluso que Bonden. Conoció a quien sería su marido en el instituto, tuvo seis hijos con él y estaba rodeada de una multitud de nietos de cuyas andanzas conocía hasta el detalle más nimio, señal de una sorprendente salud neuronal. Por último estaba Abigail, con sus noventa y cuatro años. A pesar de haber sido una mujer alta, la osteoporosis se había cebado en su columna y la obligaba a caminar encorvada. Además, estaba casi sorda, pero desde el primer momento en que la vi, sentí admiración por ella. Se vestía con jersey y pantalones que ella misma confeccionaba y sobre los que después cosía o bordaba manzanas, caballitos o niños bailando. Su marido había desaparecido mucho tiempo atrás, muerto, según unos; divorciado, según otros. En cualquier caso, el soldado Gardener se había evaporado durante la Segunda Guerra Mundial, o poco después, y su viuda o divorciada estudió Magisterio y se convirtió en maestra de manualidades artísticas para niños de primaria.

—Soy contrahecha y sorda, pero no idiota —me dijo enfática cuando nos conocimos—. No dudes en venir a visitarme. Me agrada tener compañía. Estoy en el apartamento tres-dos-cero-cuatro. Repite conmigo tres-dos-cero-cuatro.

Las cinco eran grandes lectoras y, junto con otras mujeres, formaban parte de un club de lectura que se reunía mensualmente, en el que, según supe por diversas fuentes, reinaba cierto espíritu competitivo. Durante el tiempo que mi madre vivió en Rolling Meadows, varios personajes que la acompañaron en el teatro de su vida habían hecho mutis hacia el edificio de «Cuidados» para nunca más volver. Mi madre me dijo abiertamente que, cuando alguien salía de allí, desaparecía en un «agujero negro». Su duelo era breve. Las cinco vivían en un feroz presente porque, a diferencia de los jóvenes que vislumbran el fin de sus días de una manera remota y filosófica, aquellas mujeres sabían bien que la muerte no era una abstracción.

Si hubiese podido ocultar a mi madre mi desagradable desmoronamiento lo hubiera hecho, pero ya se sabe que cuando encierran a alguien de la familia, el resto da un paso al frente para mostrar su solidaridad y su compasión. Lo que tanto deseaba ocultar a mi madre me resultaba fácil de mostrar a mi hermana Beatrice. Nada más conocer mi situación, un par de días después de que me ingresaran en el pabellón sur, mi hermana tomó un avión y fue a verme a Nueva York. Cuando se abrieron las puertas de cristal para dejarle paso, no me percaté de su llegada. Debí de distraerme un instante, porque en realidad yo la estaba esperando y estaba muy pendiente de su apari-

ción. Pero creo que ella me vio de inmediato, pues lo que me hizo levantar la mirada fue oír el característico ruido de sus tacones altos dirigiéndose hacia mí con pasos decididos. Se sentó en el sofá extrañamente resbaloso que había en la sala de espera y me abrazó. En cuanto noté la presión de sus dedos sobre mis brazos, la asfixiante sequedad de la burbuja antiséptica en la que había estado viviendo estalló y rompí a llorar. Bea me acunó contra su pecho y me acarició la cabeza. Mia, me decía, mi querida Mia. Cuando Daisy vino a visitarme por segunda vez, yo ya estaba sana. Al menos mis ruinas habían sido parcialmente reconstruidas y ya no gemía delante de ella.

Los sollozos entrecortados, los gritos, los bramidos y las risotadas sin razón aparente no eran algo extraño en el pabellón y casi siempre pasaban desapercibidos. La locura es un estado que absorbe por completo a la persona. Se requiere un tremendo esfuerzo para tener conciencia de uno mismo y el giro hacia la recuperación acontece cuando una pequeña parte del mundo exterior se cuelga en tu vida, cuando algo o alguien logra atravesar la verja. El rostro de Bea. El rostro de mi hermana.

Mi desmoronamiento causaba un tremendo dolor a Bea, pero lo que yo temía era que fuera a acabar con mi madre. No fue así.

Sentada delante de mi madre en su pequeño apartamento me sobrevino la idea de que ella era para mí un lugar tanto como una persona. Habíamos vendido la casa familiar de estilo victoriano, en la esquina de Moon Street, donde mis padres habían vivido durante más de cuarenta años, con sus espaciosos salones y un laberinto de habita-

ciones en el segundo piso, y, cada vez que pasaba por delante de ella, la pérdida me dolía como si fuera una niña que no pudiera entender por qué unos advenedizos estaban usurpando el refugio de toda una vida. Pero en aquel momento mi madre era quien representaba el hogar para mí. No se puede vivir sin asentarse sobre tierra firme, sin sentir un espacio que no sólo es externo, sino también interno: un espacio mental. Para mí la locura había sido como estar suspendida. Cuando Boris desapareció de repente, llevándose su cuerpo y su voz, yo empecé a flotar. Un día me espetó su deseo de hacer una *pausa* y punto. No hay duda de que la suya fue una decisión meditada, pero a mí no me había hecho partícipe de sus deliberaciones. Un hombre sale a comprar cigarrillos y no vuelve más. Un hombre le dice a su mujer que va a salir a dar un paseo y no regresa jamás a cenar a casa. Un día de invierno, el hombre simplemente se levanta y se va. Boris nunca había expresado su infelicidad, nunca me había dicho que no me quería. Se le ocurrió y se acabó. ¿Quiénes son esos hombres? Después de recomponerme con la «ayuda profesional», regresé a un territorio más antiguo y seguro, los Dominios de M.

Es cierto que el mundo de mamá había encogido y que ella había encogido con él. Me parecía que comía muy poco. Cuando estaba sola se preparaba grandes platos de zanahorias, pimientos y pepinos crudos con un trocito minúsculo de pescado o, a veces, con jamón o queso. Durante años, mi madre había cocinado como para dar de comer a un regimiento, almacenando la comida en un congelador gigante que tenía en el sótano. Nos había cosido los vestidos, zurcido los calcetines de lana y había lustrado todo el cobre y el bronce de la casa hasta dejarlo limpio y reluciente. Había hecho los rizos de

mantequilla y los arreglos florales para las fiestas, había lavado y planchado sábanas que olían a sol immaculado cuando te metías en la cama. Nos había cantado por las noches, nos había proporcionado lecturas edificantes, censurado películas y había defendido a sus hijas frente a profesoras poco comprensivas. Y cuando alguna de nosotras caía enferma, preparaba una camita en el suelo para que la convaleciente estuviera cerca de ella mientras hacía las tareas de casa. A mí me encantaba ponerme mala para quedarme con mamá, no cuando vomitaba o me encontraba realmente fatal, sino en esa fase de recuperación progresiva. Me encantaba estar tumbada en la camita especial y sentir la mano de mamá sobre mi frente comprobando si tenía fiebre o no y luego deslizándose hasta mi pelo sudoroso. Me encantaba sentir sus piernas moviéndose cerca de mí, escuchar cómo su voz adoptaba aquel tono especial, cantarín y tierno, para dirigirse a la enfermita que me hacía desear estar siempre indispueta y yacer indefinidamente en aquel pequeño camastro, pá-lida, romántica, patética, mitad yo, mitad actriz lánguida, pero siempre con mi madre dando vueltas a mi alrededor.

Ahora las manos le temblaban cuando estaba en la cocina y de vez en cuando se le resbalaba algún plato o alguna cuchara entre los dedos. Seguía siendo una mujer elegante e immaculada en el vestir, aunque le preocupaban en exceso las manchas, las arrugas y los zapatos sin lustrar, algo que no recordaba que le sucediera cuando yo era joven. Creo que había interiorizado la imagen de su casa impecable y la exteriorizaba a través de una vestimenta también impecable. A veces le fallaba la memoria, sobre todo la relacionada con los acontecimientos o frases más recientes en el tiempo. Recordaba la primera parte de su vida con una nitidez casi sobrenatural.

A medida que envejecía, mi madre hacía menos cosas y yo más, pero eso tampoco marcó un cambio significativo en nuestra relación. Aunque la infatigable campeona de la vida doméstica había pasado a la historia, la mujer que montaba camitas en el suelo para sus hijas enfermas seguía sentada delante de mí sin haber cambiado un ápice.

—Siempre he pensado que eras demasiado sensible —me dijo, repitiendo un tema recurrente en mi familia—, hipersensible, como la princesa del guisante, y ahora esto de Boris... —Se le endureció el gesto—. ¿Cómo ha podido hacerte algo así? Tiene más de sesenta años. Se habrá vuelto loco... —Me dirigió una rápida mirada y se tapó la boca con la mano.

Me reí.

—Sigues siendo guapa —dijo mi madre.

—Gracias, mamá. —No había duda de que el comentario iba dirigido a Boris. ¿Cómo había podido abandonar a quien *seguía siendo guapa*?—. Quiero que sepas —le dije a mi madre, sin que ella me lo hubiera preguntado— que los médicos dicen que ya estoy bien, de verdad, que es normal que esto suceda y que después no vuelva a ocurrir nunca más. Piensan que ya he regresado a mi antiguo ser: una neurótica común y corriente, nada más.

—Creo que te hará bien dar clases a ese grupito de alumnas. ¿Tienes ganas de empezar? —Se le quebró la voz por la emoción, en una mezcla de esperanza y ansiedad.

—Sí. Aunque nunca he dado clase a niñas.

Mi madre se quedó en silencio.

—¿Crees que a Boris se le pasará eso? —dijo después de un rato.

«Eso» era, en realidad, «esa mujer», aunque agrade-

cí el tacto de mi madre. No había necesidad de ponerle nombre.

—No lo sé —contesté—. No sé qué le pasa. Nunca lo he sabido.

Mi madre asintió tristemente con la cabeza, como si supiera muy bien de lo que estaba hablando, como si el vuelco en mi matrimonio formara parte de un guion universal que ya hubiese leído mucho tiempo atrás. Mamá, la Sabia. Aquel pensamiento la hizo estremecer como si una corriente atravesara su delgado cuerpo. En eso no había cambiado.

Mientras me alejaba por el pasillo del Rolling Meadows East, empecé a tararear para mis adentros y luego a canturrear por lo bajo:

*Brilla, brilla murcielaguito.
¿En qué andarás tan solito?
Allá en el cielo planeas
y cual bandeja de té vuelas.**

Logré arreglármelas esa primera semana trabajando tranquilamente por las mañanas en el escritorio prestado y luego leyendo un par de horas hasta el momento de ir a visitar a mi madre para enfrascarnos en nuestras largas charlas. Escuché sus historias sobre Boston y mis abuelos, la descripción exhaustiva de su idílica rutina de niña de *clase media*, interrumpida una y otra vez por su hermano Harry, un diablillo, no un revolucionario, que murió de

* «*Twinkle, twinkle, little bat! / How I wonder what you're at! / Up above the world to fly, / Like a tea-tray in the sky.*» Es el poema que recita el Sombrero Loco en el capítulo siete de *Alicia en el país de las maravillas*, parodiando la cancioncilla infantil «*Twinkle, Twinkle Little Star*» (Brilla, brilla, estrellita). (N. de la t.)

polio cuando tenía doce años y mi madre nueve. A partir de entonces, su mundo cambió. Aquel día de diciembre se dijo a sí misma que debía escribir todo lo que recordara de Harry y así lo hizo durante meses y meses. «Harry no podía dejar de mover los pies. Siempre los balanceaba durante el desayuno golpeándolos contra las patas de la silla.» «Harry tenía una peca en el codo que parecía un ratoncito.» «Recuerdo una vez que Harry se encerró a llorar en el armario para que yo no lo viera.»

Casi todas las noches yo le preparaba la cena a mi madre, en su cocina o en la mía, y procuraba que comiera de todo, carne, patatas, pasta. Después volvía andando por la hierba húmeda hasta mi casa alquilada, donde me consumía la rabia. *Sturm und Drang*. ¿De quién era esa obra? De Friedrich von Klinger. Kling. Klang. Bang. Mia Fredricksen se subleva contra el Factor Estresante. Tormentas y Estrés. Lágrimas. Aporrear la almohada. La Mujer Monstruosa sale disparada hacia el espacio y explota en pedacitos que caen y se desperdigan sobre el pueblo de Bonden. Mia Fredricksen sufre lo indecible dentro de su gran teatro sin otro público que los muros que lo sostienen, pero sin su Muro, sin Boris Izcovich, traidor, asqueroso y amado. Él no. B. I. no. Imposible dormir sin recurrir a la farmacopea para sumergirme en un estado inconsciente carente de sueños.

—Las noches son difíciles —dije—. No hago más que pensar en mi matrimonio.

Puedo oír la respiración de la doctora S. al otro lado del teléfono.

—¿En qué piensa? —me pregunta.

—En la rabia, el odio, el amor.